

# Palabras del Papa

Extracto de la homilía de  
Benedicto XVI pronunciada en  
las vísperas del Primer  
Domingo de Adviento.

09/12/2010

Mientras nuestros corazones se disponen a la celebración anual del nacimiento de Cristo, la liturgia de la Iglesia orienta nuestra mirada hacia la meta definitiva: el encuentro con el Señor que vendrá en el esplendor de la gloria. Por eso nosotros que en cada Eucaristía «anunciamos su muerte, proclamamos su

resurrección, a la espera de su  
venida», vigilamos en oración. La  
liturgia no se cansa de alentarnos y  
de sostenernos, poniendo en  
nuestros labios, en los días de  
Adviento, el grito con el cual se cierra  
toda la Sagrada Escritura, en la  
última página del Apocalipsis de san  
Juan: «¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20).

Precisamente el comienzo del Año  
litúrgico nos hace vivir nuevamente  
la espera de Dios que se hace carne  
en el seno de la Virgen María, de Dios  
que se hace pequeño, se hace niño;  
nos habla de la venida de un Dios  
cercano, que ha querido recorrer la  
vida del hombre, desde los  
comienzos, y esto para salvarla  
totalmente, en plenitud. Así, el  
misterio de la encarnación del Señor  
y el inicio de la vida humana están  
íntima y armónicamente conectados  
entre sí dentro del único designio  
salvífico de Dios, Señor de la vida de  
todos y de cada uno. La Encarnación

nos revela con intensa luz y de modo sorprendente que toda vida humana tiene una dignidad altísima, incomparable.

Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones; nos llama a la amistad con él; nos hace partícipes de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina. Con conmoción y gratitud tomamos conciencia del valor, de la dignidad incomparable de toda persona humana y de la gran responsabilidad que tenemos para con todos.

El amor a todos, si es sincero, tiende espontáneamente a convertirse en atención preferente por los más débiles y los más pobres. En esta línea se sitúa la solicitud de la Iglesia por la vida naciente, la más frágil, la más amenazada por el egoísmo de los adultos y por el oscurecimiento de las conciencias. La Iglesia subraya

continuamente lo que declaró el concilio Vaticano II contra el aborto y toda violación de la vida naciente: «Se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción» ( *ib.* , n. 51).

A la Virgen María, que acogió al Hijo de Dios hecho hombre con su fe, con su seno materno, con atenta solicitud, con el acompañamiento solidario y vibrante de amor, encomendamos la oración y el empeño en favor de la vida naciente. Lo hacemos en la liturgia —que es el lugar donde vivimos la verdad y donde la verdad vive con nosotros— adorando la divina Eucaristía, en la que contemplamos el Cuerpo de Cristo, ese Cuerpo que tomó carne de María por obra del Espíritu Santo, y de ella nació en Belén, para nuestra salvación.

Vatican.va

.....

pdf | Documento generado  
automáticamente desde [https://  
opusdei.org/es-mx/article/palabras-del-  
papa/](https://opusdei.org/es-mx/article/palabras-del-papa/) (27/04/2025)